





LÁM. 33 Alimentos y ofrendas a los dioses vencidos.

- Recolecciones prehistóricas de botuto [*Strombus gigas*]
- Campamento ceremonial Valencioide
- Taller de conchas de botuto [*Strombus sp.*]
- Centro ceremonial
- Gran centro ceremonial

(INTERPRETACIÓN DEL AUTOR)

FUENTES: Juan de CASTELLANOS, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Bogotá, 1995; Fray Pedro SIMÓN, *Noticias históricas de Venezuela*, Caracas, 1963; A. ANTCHAK y M. ANTCHAK: *La esfera de interacción Valencioide en El arte prehispánico de Venezuela*, Galería de Arte Nacional, Caracas, 1999.



LÁM. 34 Archipiélago de Los Roques.  
FOTOGRAFÍA ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)



LÁM. 35 Cementerio de botutos [*Strombus gigas*], archipiélago de Los Roques.  
FOTOGRAFÍA ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)

IV. Rutas, ofrendas  
y alimentos a los  
viejos dioses.  
La caída de la  
sacralidad humana  
y paisajística

(50)

Descripciones objetivas acerca de las caracterizaciones geográficas de estas islas en Fernando CERVIGÓN, *Las Dependencias Federales*, Academia Nacional de la Historia, Serie Historias Regionales, Caracas, 1995.

(51)

Andrzej ANTCZAK y Marlene ANTCZAK, *La esfera de interacción Valencioide*, contribución en obra colectiva *El arte prehispánico de Venezuela*, Fundación Galería de Arte Nacional, Caracas, 1999, pág. 146.



LÁM. 36 Cubresexos y collar. Los primeros, elaborados con la porción media transversal de gasterópodos (moluscos) marinos; el collar, elaborado con veinticinco porciones medias transversales de gasterópodos (moluscos) marinos, posiblemente localizados en la cuenca del lago de Valencia, Fundación Museos Nacionales, colección de Arqueología (Museo de Ciencias, Caracas).

FOTOGRAFÍAS RODRIGO BENAVIDES



- 1 Fue sumamente fuerte la sensibilidad indígena ante la sacralidad paisajística donde se adoraba a los viejos dioses y moraban sus portavoces. Recorrían largas, peligrosas y difíciles rutas de cientos de kilómetros para llevarles ofrendas de significado ceremonial, tales como grandes caracoles marinos, collares, rodajillas y flautas de hueso, pacas de algodón, conchas, incensarios, sonajeros y otros objetos sacros. En la comprensión del concepto indígena de extensos recorridos hacia espacios esotéricos de los dioses prehispánicos se debe partir de las dispares sensibilidades acerca de la distancia y la accesibilidad en los territorios de la Tierra Firme e islas antes de la llegada de los conquistadores españoles. —
- 2 Gran parte del actual territorio del litoral venezolano y su *hinterland* correspondía al de varias etnias indígenas del Circuncaribe que reconocían concepciones que relacionaban distancias geográficas reales y distancias sobrenaturales. Por ello, en el sentimiento de imágenes esotéricas, jefes aborígenes expresaban concepciones de contactos de gran prestigio sagrado, con inalcanzables tierras o espacios sobrenaturales, o con lejanísimas tierras continentales e insulares con las que se traficaba, en las que el encuentro ritual y el hallazgo de materias primas para artículos ceremoniales, eran mucho más importantes que los trueques de mercancías útiles para el consumo o el ornato. Así, enormes distancias eran recorridas por indígenas en ríspidas tierras o navegadas por frágiles canoas en procelosos mares caribeños y peligrosos ríos del sistema del Orinoco y del Amazonas, sin gran fatiga por alicientes esotéricos. —
- 3 De gran importancia fueron las periódicas incursiones de grupos indígenas prehistóricos de la costa centro-norte y centro-occidental a áridas islas del Caribe meridional para recolectar conchas de **botuto** [*Strombus gigas*], y caparzones de **tortuga de carey** [*Eretmochelys imbricata*] o de **tortuga verde** [*Chelonia mydas*], valiosas materias primas para elaborar artículos ceremoniales y adminículos ornamentales. Competían en las recolecciones marinas en estas secas y estériles islas, sin fuentes notables de agua dulce <sup>(50)</sup>, grupos indígenas conocidos como Valencioides y Dabajuroides. —
- 4 En el plano adjunto se pueden observar rutas marítimas que, por más de 130 kilómetros, eran utilizadas por el grupo Valencioide desde la costa central, en territorios de los actuales estados Carabobo y Aragua, hacia el archipiélago de Los Roques, donde instalan a partir del año 1200 *d.c.* importantes campamentos multiocupacionales empleados en temporadas sucesivas para la recolección de conchas y carne de botuto, dejando sus huellas culturales en más de veinte islas, con restos de bella cerámica del mismo tipo del que se encuentra en el sector oriental de la cuenca del lago de Valencia destacando figulinas antropomorfas. Conjeturamos que a la llegada de los conquistadores españoles todavía debería estar operativo el importante campamento ceremonial emplazado en la isla Dos Mosquises, donde los arqueólogos han logrado sugestivos hallazgos: «Entre los yacimientos se destaca el localizado en la isla Dos Mosquises, cuyos contextos arqueológicos compuestos por decenas de figulinas, flautas de hueso, incensarios, colgantes de piedra, hueso y concha, además de numerosas microvasijas y recipientes decorados, permitieron identificar un importante campamento ceremonial valencioide» <sup>(51)</sup>. —
- 5 Funcionaban además talleres de artesanía de estas conchas de botutos destinadas a los dioses y al adorno personal en las islas Domusky Norte y Krasky. Incluso se han reconocido en isla La Orchila, sector los Mangles, teniéndose que recorrer más de 200 kilómetros para alcanzarla. —

(52)

Andrzej ANT CZAK y Marlene ANT CZAK, op. cit., pág. 146.

(53)

A. LUCENA, *Fabricantes antiguos de objetos de concha. Excavaciones en el cementerio prehispánico de El Boulevard, Quíbor. Estado Lara. Campaña de 1965-1979*, artículo en *Boletín Antropológico*, núm. 1, Centro de Investigaciones del Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida, 1982, págs. 39-47.

(54)

Andrzej ANT CZAK y Marlene ANT CZAK, op. cit., pág. 146.

(55)

Francisco TAMAYO, *La industria del olicornio*. *Revista Liceo*, año 1-929, Los Teques, 1929, págs. 5-8. Reproducido en la tesis doctoral de Omar HURTADO RAYUGSEN, *Francisco Tamayo. Estudio de su vida y aproximación a la vigencia de su obra*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2002, págs. 316-319.

(56)

Juan de PIMENTEL, *Relación de Nuestra Señora de Caraballeda y Santiago de León, 1578*, en la recopilación de Antonio ARELLANO MORENO, *Relaciones geográficas de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas, 1964, pág. 136.

- 6 Hasta la llegada de los europeos, a finales del siglo xv, las conchas de botuto en bruto o en artefactos manufacturados eran traficadas desde caletas o bahías desconocidas en el litoral, probablemente en las inmediaciones de la desembocadura del abra de Las Trincheras, hasta la cuenca del lago de Valencia, trasladándose de allí hacia la depresión de Quíbor, desde donde se marcaban otras rutas de distribución y trueque: «En Quíbor una parte de las conchas era encaminada hacia los Andes, donde se convertían en los famosos pendientes en forma de murciélago con alas extendidas»<sup>(52)</sup>. En efecto, en Quíbor se han encontrado hallazgos de conchas y artefactos elaborados del botuto, lo cual dio lugar a una importante artesanía prehispánica de esta materia prima para las ofrendas a los viejos dioses y objetos votivos. Se han encontrado restos arqueológicos de éstos en excavaciones efectuadas en el Cementerio Prehispánico de El Boulevard de Quíbor<sup>(53)</sup>. ─
- 7 Otras rutas marítimas de más de 150 kilómetros fueron utilizadas desde embarcaderos desconocidos de la costa centro-occidental del actual estado Falcón por grupos indígenas Dabajuroides al archipiélago de Las Aves, para arribar a las islas de Aves de Sotavento, donde instalaron talleres artesanales del botuto en Ave Grande, Curricai y Palmeras, y en Aves de Barlovento, en isla del Tesoro<sup>(54)</sup>. Estas incursiones de indígenas desde el centro-occidente del país en búsqueda de conchas marinas se marcaban luego en sus trueques hasta llegar a centros ceremoniales andinos y piedemontanos. El ilustre Francisco Tamayo tomó original visión de estos tráficos en su primer trabajo científico sobre un tema arqueológico intitulado *La industria del olicornio*, cuentas de collar o pendientes fabricados en concha de caracol, piedra, corales, azabache y cuarzo, donde vislumbró la importancia que tuvo el comercio de las conchas marinas durante la época prehispánica, y relaciona a los pueblos de la costa del actual estado Falcón y los del estado Lara<sup>(55)</sup>. ─
- 8 Hay varios hallazgos de collares, pectorales y cubresexos elaborados de conchas marinas por diferentes grupos de recolectores marinos. Algunos de ellos están confeccionados con la bella y escasa concha del **caracol porcelana** [*Cypraea mus*], que sólo se ubica en el litoral del golfo de Venezuela. Otros, más frecuentes, están elaborados con la concha del **caracol de pentagrama** [*Voluta musica*], especie gastrópoda asociada a zonas arenosas del litoral caribeño e islas. ─
- 9 Con la evangelización del catolicismo por los conquistadores españoles concluyeron estos tráficos marítimos e insulares en busca de ofrendas para los viejos dioses. No hubo memoria colectiva durante más de quinientos años para los dioses vencidos. Sólo subsistieron hasta 1578 tráficos de indígenas a Los Roques, La Orchila, y archipiélago de Las Aves, en busca de abastecimientos estacionales: «Los naturales van a ellas en los meses de bonanzas por sal y pescado y por tortugas para comer y hacer aceite de ellas»<sup>(56)</sup>. La arena fue cubriendo campamentos ceremoniales y talleres, que comenzaron a ser redescubiertos y excavados arqueológicamente sólo en la década de los ochenta del siglo xx. ─
- 10 Hay que rescatar escogidos paisajes donde se expresó el sentimiento sacro ante viejos dioses prehispánicos, lo que corresponde a parte importante de la memoria cultural de Venezuela. Se debe tomar conciencia acerca de la magnificencia de escogidos paisajes aborígenes que expresaban alta cultura y refinamiento estético, siendo fundamentos territoriales sagrados en los cuales se asentaban los portavoces del poder ceremonial. ─
- 11 Destaca la sacralidad de los espacios andinos. En la zona de influencia

IV. *Rutas, ofrendas  
y alimentos a los  
viejos dioses.  
La caída de la  
sacralidad humana  
y paisajística*

(57)

Fray Pedro SIMÓN, *Noticias históricas de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas, 1963, tomo II, *pág.* 239.

(58)

Joan de CASTELLANOS, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Editorial A.B.C., Bogotá, 1955, tomo II, *pág.* 231.

(59)

CASTELLANOS, *op. cit.*, *pág.* 232.

(60)

Fray Pedro de AGUADO, *Recopilación histórica de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas, 1963, tomo II, *pág.* 476; SIMÓN, *op. cit.*, *pág.* 222.

(61)

AGUADO, *op. cit.*, *pág.* 476. Referencia a cultos diabólicos en paisajes recónditos de montes, arcabucos (montes muy espesos y cerrados), partes lagunosas y cenagosas, ejercidos por mohanes.

merideña se manifestaba el sentimiento ancestral de fuertes raigambres de una presencia aborigen de expresión urbana en sus Sierras Nevadas: «y de la disposición e innumerable gente y población de las sierras y que habían tantos edificios como en Roma (salvo que no serían tales, porque todos eran bohíos de paja)...»<sup>(57)</sup>. En estas concentraciones urbanas de grandes poblados como Zamu, Mucuria, Chama, Mucuchíes y Timotes, en los territorios que hoy pertenecen al estado Mérida; Humo-caro en los espacios hoy larenses; o los de Boconó, Cuica, Esnujaque y Escuque, en las comarcas que hoy son del estado Trujillo, se reconocían adoratorios de diversa magnitud, espacios donde se asentaban los geosímbolos del poder de los dioses prehispánicos. —

<sup>12</sup> El caso más relevante fue el de Escuque, cuya grandeza y concentración de sus viviendas, ordenación de su traza y espectacular santuario ceremonial, llevó a los conquistadores españoles en 1558 a calificarlo directamente como ciudad: «A la ciudad que Escuque se decía. Las casas de grandeza tan pujante, tantas y por tal orden y concierto, que no se vido cosa semejante en cuanto por allí se han descubierto»<sup>(58)</sup>. No deja lugar a duda la definición de la magnitud del centro ceremonial cuando Juan de Castellanos describe las tres naves que se extendían a lo largo del santuario de la diosa prehispánica andina Icaque:

-- Y parecían ser necesario  
El descubrir aqueste santuario.  
Icaque se decía, y era diosa  
Que de bulto tenían retractada  
En casa de tres naves espaciosa,  
De grandes y menores frecuentada;  
Hacíasele fiesta generosa  
(A tiempos y por días) señalada,  
Donde sacrificaban gentes vivas,  
O de sus naturales o captivas <sup>(59)</sup>.

<sup>13</sup> En este recinto se visualizaba el poder sagrado en una organización sacerdotal jerarquizada, desde el gran hechicero Toy a otros funcionarios o sacerdotes curanderos que eran identificados por fray Pedro de Simón como **jeques**, conjeturamos que este término musulmán deriva de la utilización de tocados en forma de turbantes de hojas vegetales, y **hechiceros**, mientras que fray Pedro Aguado se refiere a **mohanes** y **farautes**<sup>(60)</sup>. Ellos, sumamente respetados por las comunidades indígenas, tenían funciones sacras y se encargaban con especial sensibilidad de la vida ceremonial: «La gente de más reputación entre ellos es los mohanes y farautes que con el demonio tratan, los cuales son dedicados y criados desde pequeños para este efecto; y éstos ni labran ni siembran ni tienen cuidado de cosa alguna de éstas, porque de todo lo necesario les proveen los demás indios, y si se ven en alguna necesidad de temporales o enfermedades, acuden a ellos que los remedien»<sup>(61)</sup>. —

<sup>14</sup> Se reconocieron muchos otros espacios sagrados en la región andina trujillana y larense, mostrándose una gran sensibilidad sacra de los indígenas. En 1548 Galeotto Cey observó un adoratorio en los cuicas, asombrándose por el hallazgo de ofrendas singulares con labor ininterrumpida en el hilamiento de algodón con cuentecillas de huesos y piedras en los ídolos: «y la riqueza que allí encontramos y que ellos tenían en gran estima era que, sobre ciertos leños gruesos como muslos, de 4 brazos de largo, se enrollaban ciertos paternostrosillos de hueso blanco mucho más pequeños que cuentas, que ellos llaman **quitero**, y otros rojizos que llaman **baroda**. Cada india, por devoción, los ensartaba cada día o según podía tenerlos, una vuelta sobre la otra en tanta cantidad que no podían, ni por dos hombres, levantar de la tierra, y de estos se



LÁM. 37 Pectoral con talla antropomorfa de concha marina de objeto funerario. Fundación Museos Nacionales, colección de Arqueología (Museo de Ciencias, Caracas).  
FOTOGRAFÍA RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 40 Figulina antropomorfa femenina con gorro, arcilla gris, engobe ocre claro y rojo, 40 x 18,5 x 13,8 cm, Valencioide, 1200 d.C. Museo de Antropología de Maracay, estado Aragua.  
FOTOGRAFÍA CARLOS GERMÁN ROJAS



LÁM. 38 Figulina masculina sentada sosteniendo una vasija, arcilla gris, engobe rosa, 19 x 26 x 14 cm, Valencioide, 1200 d.C. Museo de Antropología de Maracay, estado Aragua.

FOTOGRAFÍA CARLOS GERMÁN ROJAS

LÁM. 39 Conjunto de cuentas, «Quitero», Museo Antropológico de Quíbor Francisco Tamayo, estado Lara.

FOTOGRAFÍA RODRIGO BENAVIDES



IV. *Rutas, ofrendas  
y alimentos a los  
viejos dioses.  
La caída de la  
sacralidad humana  
y paisajística*



LAM. 41 Collar, hecho de conchas de mar por grupo de «recolectores marinos», Fundación Museos Nacionales, colección de Arqueología (Museo de Ciencias, Caracas).

FOTOGRAFÍA RODRIGO BENAVIDES

(62)

Galeotto CEY, *Viaje y descripción de las Indias*, 1539-1553, estudio preliminar, notas e índices de José Rafael Lovera, Fundación Banco Venezolano de Crédito, Embajada de Italia, Caracas, 1995, pág. 71.

(63)

*Relación geográfica y descripción de la ciudad de Trujillo, año de 1579*, en la recopilación de Antonio ARELLANO MORENO, *Relaciones geográficas de Venezuela*, op. cit., pág. 167.

(64)

CEY, op. cit., págs. 126-127.

- encontró muchos y los llamamos nosotros ídolos, porque los tenían en ciertas casas grandes donde iban a ofrendarlos, como iglesias» (62). —
- 15 Años más tarde, en la *Relación geográfica y descripción de Trujillo* de 1579 ha quedado testimoniada la riqueza cultural de estos santuarios y las diversas formas de sensibilidad popular ante ídolos específicos: «No hubo ni hay en esta tierra, ningunos señores ni cabeceras, excepto los nexos que da la parentela. Y que acudían a un santuario, porque es gente muy idólatra; y que reverencian a algunos viejos hechiceros, que están en los santuarios, y les hacen entender que hablan con los ídolos que tienen. Y en esto, tales viejos eran muy venerados, y no se apartaban los indios de lo que les mandaban. Estos viejos no salían de los santuarios, y es cosa averiguada y cierta, que hablan con el demonio; y estos tales santeros [*sic*] no comen sal ni beben vino, que es el llamado mazato, que ellos hacen. Tenían muchos ídolos hechos en forma de un muchacho sin cabeza ni brazos, unos ídolos más pequeños que otros, y había uno que era el del maíz, otro de las turmas, otro de las mujeres preñadas, otro de la guerra, y así para todas las cosas que en la tierra había tenían un ídolo para cada cosa. Eran hechos de hilo de algodón, y de unas cuentas de hueso que ellos llaman **quitero** y que había en mucha cantidad en esta tierra. Tenían estos ídolos en gran veneración y puestos sobre una especie de altares, y allí les hacían sus sacrificios. Sacrificábanle algunos muchachos y muchachas, y a veces animales. Solamente obedecían a estos santeros, y les tributaban de alguna manera, aunque era muy poco, y esto, conforme a la necesidad que tenía cada uno del ídolo del que necesitaba algún socorro» (63). —
- 16 Templos diferentes se encontraron en los santuarios de la etnia de los Coyones en Humocaró: «Tienen, estos indios, ciertas casas grandes de madera y paja, largas y estrechas, fundadas sobre dos filas de columnas u horcones de árboles, que les servían de templos. Dentro, de una a otra parte, una hilera de vasijas de tierra como tinajas, enterradas casi hasta la boca, y según pude averiguar, cada casa de aquellos contornos, que hay muchas, tiene su propia tinaja. Allí las casas son de 3 en tres o de 4 en cuatro, hechas a modo de cúpula, cerradas con paja hasta el suelo. En cierto tiempo llena cada uno su tinaja de aquella bebida que llaman masato, y vienen todos al templo, sentándose en tierra sobre ciertas lajas. Tienen estos templos el techo cubierto de paja, y por paredes una valla de paja, en un extremo del recinto hay una puerta muy pequeña y en el otro extremo han hecho un apartado, como tenemos nosotros algunas sacristías detrás de la tribuna o altar principal. Dentro de esta sacristía hay infinitas cabezas de muertos, según me ha sido referido, de enemigos muertos en guerra, así como también gran cantidad de cabezas y cuernos de ciervos, pues alguna vez van a cazar a los llanos y ofrendan estas cosas. También vi allí muchas cestas y otros enseres de indias e indios principales ya muertos, [...], son de caña vacía tejida y aplastada, con su tapa encima, con que las cierran, y las llaman avas. Guardan allí estas cosas como recuerdo, y creen de fijo que quien se las llevase moriría. En aquella especie de sacristía no entra sino el sacerdote, que es uno que no conoce mujeres, ni come cosas agrías, trae el miembro envuelto en una hoja y cuida estos templos, que hay varios. Reúnense a beber y a cantar allí, y cuando hacen estas fiestas el sacerdote ayuna algunos días antes. Después, entra en la sacristía, donde llama al diablo, haciendo ciertas ceremonias las cuales no se puede saber de ellas, pues se cuidan de nosotros, y allí cantan cosas antiguas» (64). —

(65)

Fray Pedro SIMÓN, op. cit.,  
tomo II, nota en págs. 221-222.

(66)

CASTELLANOS, op. cit.,  
tomo II, págs. 231-232.

(67)

Fray Pedro SIMÓN, op. cit.,  
tomo II, págs. 220-221.

(68)

Fray Pedro SIMÓN, op. cit.,  
tomo II, pág. 222.

17 Los conquistadores europeos expresaron su desconcierto e insensibilidad frente a las acumulaciones de objetos en espacios sacros de la región andina, ante los cuales los indígenas manifestaban fuertes sentimientos ancestrales de veneración sacra, multiplicando las ofrendas de algodón, piedras verdes, quiteros y baroda, que para ellos tenía mucho más valor que el oro. Las vueltas de querequero o quitero eran unos hilos de algodón de cuentas blancas hechas de caracolillos y rodajillas de pedrezuelas y hueso; en cambio, las vueltas de baroda eran de rodajillas rojas. La magnificencia de estos objetos votivos ha quedado inmortalizada por fray Pedro Simón: «Tienen en bohíos particulares, dedicados sólo para esto a modo de templos, algunas figuras mal formadas de hilo de algodón, tierra cocida y palos (que comúnmente llaman los españoles tunjos) a quien ofrecen ovillejos de hilo del mismo algodón, sartillas de quitero, que son cuentas de muchos colores de piedras; y huesos teñidos, en especial de piedras verdes, que dicen algunos son tan buenas para dolor de ijada, como las de Santa Marta. También ofrecen algunas mantas pequenuelas de algodón, de una tercia en cuadro, sal y granos de cacao. Sacrifican venados en estos templos, quemando la carne y colgando las cabezas en las paredes, de que hallan tanta cantidad los españoles en algunas partes, que cubrían las paredes de los templos de alto a bajo» (65). —

18 De singular interés encontramos el irónico registro que hizo el poeta Juan de Castellanos del equívoco de los conquistadores ante las voces **oro** y **tesoro** que tenían los indígenas de la zona de Boconó:

— — Más traían noticia desde Coro,  
Aunque eran muchas leguas de distancia,  
que cay allí quería decir oro,  
y que dello tiene abundancia;  
pero los indios tenían por tesoro  
Otra cosa de menos importancia,  
a que llamaban cay, y es el quitero,  
Cuentas que tratan ellos por dinero  
Conchas o huesos son como las partas;  
Y así cuando Vallejo les pedía  
El cay, que pocas gentes hace hartas,  
El indio con quien habla le traía  
De cuentas de guitero grandes sartas,  
por la más alta cosa que tenía;  
Alguno tan menudo, que se mira  
Como la minutísima chaquira  
Esta muestra les dio poco contento  
Según la gran noticia que traían... (66)

19 En dichos centros ceremoniales había muchas personas que adoraban los artilugios del poder sacro. No es casual que una de las principales causas de la rebelión de los aborígenes de Escuche contra los primeros pobladores hispanos de Trujillo derivó de las expoliaciones de sus sartillas de quitero y ovillejos de algodón, ambos materiales rituales para ofrecer a sus ídolos (67). —

20 Una referencia esencial de la sensibilidad gastronómica en la sacralidad de estos parajes ceremoniales se puede evidenciar en *el alimento de los dioses*. Fue el caso del **chorote** testimoniado por fray Pedro Simón: «Hay muchos jeques y hechiceros que hablan con el diablo a quienes les manda le ofrezcan quemado en braserillos de tierra las grasas del cacao (que los españoles llaman chorote) para lo cual lo muelen y cuecen y dejándole enfriarse cuaja encima la manteca, muy blanca, la cual cogen y le ofrecen como se lo mandan, por ser la cosa mejor que tienen los indios» (68). —

21 Fray Pedro Simón visitó estos parajes trujillanos hacia 1612, recogiendo testimonios que incorporó en 1627 en la publicación de su obra *Noticias*



IV. *Rutas, ofrendas  
y alimentos a los  
viejos dioses.  
La caída de la  
sacralidad humana  
y paisajística*

(69)

Fray Alonso de ZAMORA, *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*, citada por José Rafael LOVERA en su obra *El cacao en Venezuela*, Chocolates El Rey C.A., Caracas, 2000, pág. 20.

(70)

Tulio FEBRES CORDERO, *El chocolate y el chorote*, en *Archivo de Historia y variedades*, Caracas, Editorial Sudamérica, 1930, tomo I, pág. 55. Citado en LOVERA, op. cit., pág. 20.

(71)

LOVERA, op. cit., pág. 21.

(72)

CASTELLANOS, op. cit., tomo II, págs. 233-234.

(73)

Fray Pedro de AGUADO, op. cit., tomo II, pág. 434.

(74)

CEY, op. cit., págs. 127-128.

*historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales.*

A ello se suma lo afirmado por fray Alonso de Zamora en su *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*, que estaba concluida aproximadamente entre 1695 y 1701: «Lo más memorable de esta Gobernación (Mérida) es aver participado de ella este Reyno el uso del chocolate, bebida que usaban los mexicanos. Tostaban los granos del cacao, y molido, le sacaban al fuego la grasa, que llaman manteca de cacao, de cualidad frigidissima: era de tanta estimación, que con ella daban sahumeros a sus ídolos. Volvían a moler lo que restaba en la vasija, y era su regalada bebida con el nombre de chorote. . . » (69). Tulio Febres Cordero recogió estos testimonios en un estudio histórico titulado *El chocolate y el chorote*: «también existía el chocolate, con el nombre de chorote en las cordilleras de Mérida y Trujillo en Venezuela, que etnográficamente formaban parte del vasto imperio muisca» (70). A su vez, el académico José Rafael Lovera plantea dudas al respecto (71). —

22 En estas tierras andinas finalizó la sensibilidad sacra aborígen con la destrucción de la monumentalidad paisajística que era calificada como pagana, erradicándose para siempre su eventual uso ceremonial por las viejas creencias prehispánicas. Brutal fue la destrucción del citado santuario de Icaque, donde la masacre de los detentadores del poder ceremonial se acompañó con el despachurramiento de los ídolos de hilos de algodón y descerrajamiento de petacas, pensando los cristianos lanceros en el hallazgo de tesoros como en Perú o México, encontrándose en cambio algunas pocas chagualas de oro guanín y menos de cien pesos de oro puro, proliferando quiteros y cuentas verdes (72). El paisaje quedó destruido y los aborígenes de Escuque resentidos y prestos a la venganza. —

23 Este develamiento y destrucción del poder sacro prehispánico continuó con suma rapidez en los primeros años del Encuentro. Ilustrativo es el hallazgo del capitán Juan de Maldonado en 1559 en un valle pequeño que aflucía al valle de Corpus Christi, hoy valle del Motatán, denominándole: «el valle de las máscaras y calavernas, por haberse hallado en un suntuoso santuario que estos indios tenían muchos bultos enmascarados que de lejos deban muestra de estar bien hechos» (73). —

24 La irreverencia y absoluta falta de sensibilidad del europeo ante la sacralidad aborígen ha quedado testimoniada descarnadamente por el conquistador florentino Galeotto Cey en un templo prehispánico en la zona de Humocaró: «Llegué en una tarde en que llovía, con ciertos compañeros, a uno de estos pueblos y en una vivienda pequeña que había, nos alojamos. Los indios se retiraron a las otras y no pudiendo caber todos, con un caballo bueno que tenía entré en el templo por fuerza e hice entrar a mis indios, súbitamente vino el sacerdote y me maldijo, diciendo que todos moriríamos aquella noche. En la mañana mis indios se alegraron cuando se vieron vivos, e hice traer una de aquellas cestas para guardar allí ciertas escrituras, y como estaba llena de polvo y de telas de araña, se la di a una india mía para que la limpiase; tuve que blandir el garrote, que no quería tocarla por miedo de morir, y costó varios días sacarles aquella fantasía de la cabeza. Al fin, entendida la burla, se reían, y nos quedamos allí varios días. Cada día volvía el sacerdote a maldecirme, de suerte que me arrepentí de haber entrado, porque cualquier mínima desgracia que me hubiera ocurrido, habrían creído que aquello era la causa» (74). —

25 Una mayor permanencia de las máscaras del poder de los dioses prehispánicos vencidos a través de piaches o sacerdotes-curanderos se evidenció en paisajes recónditos, donde las actividades ceremoniales eran ejerci-

das secretamente en pequeños adoratorios o sitios sagrados en cuevas, abrigos rocosos, lagunas solitarias, cumbres elevadas u otros lugares lejos de los poblados. Incluso en la zona de los páramos, entre 4.600 y 3.000 metros de altura se mantenían artículos y amuletos ceremoniales: «Fue sobre todo el escenario de prácticas religiosas como lo atestigua el hallazgo de objetos ceremoniales encontrados en cuevas o abrigos rocosos entre los cuales se destacan, [...] figuras antropomorfas de arcilla y piedra, pequeños boles trípodes conocidos como **incensarios** y placas o pendientes alados denominados **alas de murciélago**»<sup>(75)</sup>. ─

(75)

Érika WAGNER, *La región andina*, contribución en *El arte prehispánico de Venezuela*, op. cit., pág. 96.

(76)

CHEY, op. cit., pág. 130.

(77)

Mario SANOJA, Irida VARGAS ARENAS, *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.*, Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, Caracas, 1999, pág. 68.  
Rafael STRAUSS, *El tiempo prehispánico de Venezuela*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1992, pág. 155.

<sup>26</sup> Rápidamente fueron erradicados por los conquistadores católicos los sacrificios humanos, como los registrados hacia 1550 en zonas altas del territorio actualmente larense: «En las montañas del valle de Barquisimeto, cerca de nuestro pueblo del Tocuyo, acostumbran sacrificar, en ciertas épocas del año, las más bellas muchachas que puedan tener, de 10 a 13 años, cuidando de que no sean corrompidas, y dicen que las envían al sol o la luna, en cuyo honor lo hacen de noche y a escondidas entre cantos y bailes, bebiendo como embudos. Intervienen el padre y la madre con mucha alegría; dicen que les abren el pecho y las arrojan en una caverna. Una noche les quitamos una, pero nos iba a costar caro, que se rebeló una cantidad grande. De casualidad la salvamos y después a menudo lloraba, diciendo que le habíamos quitado su felicidad»<sup>(76)</sup>. En cambio, los sacrificios de niñas persistieron secretamente hasta el período colonial en la laguna de Urao. Todavía conservan su carácter de espacios sagrados rituales la misma laguna de Urao y Llano Seco, área de Lagunillas, Mérida<sup>(77)</sup>. ─

<sup>27</sup> Un caso relevante de negligencia en la conservación de la memoria cultural venezolana se evidencia en el descuido del mantenimiento de los relictos paisajísticos litorales sacros noroccidentales y de las sensibilidades del poder ceremonial prehispánico en los parajes de Chichiriviche, cabo Tucacas, en la Cueva de los Indios, que debió tener una importancia excepcional como centro ritual por su situación estratégica en relación al control del golfo de Cuare y de sus excepcionales reservas de biodiversidad, fundamentales para los modos de vida de los aborígenes que poblaban estos sitios. ─

<sup>28</sup> Esta Cueva de los Indios tiene un emplazamiento excepcional con desembarcadero marítimo y formaciones kársticas que bordean los 100 metros de altitud, habiendo quedado en las paredes de la roca las intensas huellas del humo de las antorchas adoratorias aún reconocibles en las partes derruidas, junto a importantes petroglifos, con testimonios de máscaras del sol y la luna, reconociéndose asimismo cabezas con y sin tocados, máscaras y figuras humanas con atributos altamente simbólicos<sup>(78)</sup>. A pesar de su espectacularidad no conocemos referencias a su existencia en el período del Encuentro, aunque debió ser avistada por los navegantes andaluces a partir de 1499 y por alguna de las expediciones de los Welser, y probablemente excavada en búsqueda de ofrendas de oro guanín. Su fuerza ancestral se demuestra en sus entornos en que se evidencian ofrendas populares contemporáneas. Debería ser restaurada con sumo cuidado, puesto que es un testimonio excepcional de sensibilidad sacra de gran interés humanístico. ─

(78)

Ruby de VALENCIA, Jeannine SUJO, *El diseño en los petroglifos venezolanos*, Fundación Pampero, Caracas, 1987, págs. 296-299. Se reproducen los petroglifos.